

## EL VIAJERO

**E**L señor Pedro, como todos los días, se ha paseado por la playa bajo un sol rojo amarillo, siempre tirano del suelo polvoriento. El señor Pedro ha visto palidecer los mil rojos círculos del suelo. También ha visto mudar de piel a las olas. Del azul al verde. Del verde al cinc. Del cinc al azabache. En la playa ha escuchado una canción:

*Navegando, navegando  
se ha perdido ya en el mar,  
en la tierra, los caminos  
dejan huella al andar.  
En el mar olas y olas  
yo no sé si volverá.  
La noche y el día siempre  
mirando, mirando el mar.  
El mar es grande, tan grande  
que me pierdo en mi mirar.  
En el mar olas y olas  
ya no sé si volverá.  
Volvió cantando cantares  
sirenas de agua y sal.  
Sus ojos, lucero y faro,  
su mirada, tempestad.  
En el mar olas y olas  
la que fue no volverá.*



La brisa, mezcla de sal y algas marinas, estaba enterrada, como un viejo galeón, en la más profunda sima. El señor Pedro veía navegar el llanto de la canción por las aguas serenas. Se ha sentido feliz en su interior. El señor Pedro es de los que encuentran belleza en las cosas tristes. En las cosas de los hombres.

Cuando el sol deja de hablar brutalmente con la tierra, el señor Pedro se ha encaminado hacia la Cafetería. Antes, se ha detenido para ver el saludo cordial que el atardecer, vestido de rosa y púrpura, ha hecho al sol.

A la Cafetería también va el señor Pedro todas las tardes. Y siempre con su mismo viejo traje. Traje raído por el sol y por los días.

La Cafetería es moderna. Tiene grandes cristales al fondo y sirven de espejo. Los rostros se reflejan allí más bellos de lo que en realidad son. La Cafetería se llama la "Brújula", aunque se hubiese podido llamar "Cafetería Marimar", "La Caracola", "El pirata"... pues allí como empujados por el fiero mistral, se acumulan los marinos.

El señor Pedro se aproxima al mostrador. Hay vasos apiñados, botellas vacías, langostas que agitan sus patas, almejas que quieren respirar, langostinos durmientes y botes cerrados de pulpos y calamares, que un día volverán a la vida. Su silla de todas las tardes estaba ocupada. En ella, un joven marino, hablaba acaloradamente con un vaso de vino en la mano. Otros le escuchaban alrededor. En el filo de su mirada y en la impresión atenta que provocaban sus palabras, se sentía la aventura, el riesgo, la incertidumbre del viaje, el dolor y la fatiga por la lucha de meses de navegación.

Los camareros les sirven vino. También café brasileño. Los camareros sonríen. Sonríen siempre. Tienen los dientes amarillos. El tabaco ha sellado su huella. En la Cafetería hay capitanes, tenientes, alféreces, pilotos, mecánicos, contramaestres... a todos los conoce el señor Pedro. Con ellos departe en las mañanas soleadas. También en las abúlicas horas de la siesta. Hay sin embargo un horario mejor: la noche. En ella, cuando la gaviota duerme, los hombres del mar hablan. Hablan mucho. ¿Por qué será? El señor Pedro lo sabe. El sabe todo lo del mar. Esos hombres, raciturnos, son poetas. Poetas del mar. ¿La soledad? La soledad no les impide hablar. ¡Sólo sabe estar en compañía el que sabe estar solo!

El señor Pedro ha visto al inglés. Para el inglés el señor Pedro es Mister Pedro. El inglés es alto y delgado como un mástil. Los dedos, largos como garríos, torpes como remos en el aire, para llevar el vaso a la boca. El señor Pedro dialoga con él:



— El viaje ¿Bien?

Nadie se abstiene de responderle. Todos le conocen. Le aman. El marino también es hombre de amor. Aman más que los terrícolas. Sus ojos están abiertos a la luz A la luz de la vida: De la vida solar.

— Sí, le responde el inglés con afecto y duro acento británico. Gracias. Y sonríe. Sonríe porque tiene un hombre ante sus ojos. Ojos tan luminosos como el mar. El señor Pedro sabe que el inglés siente. Siente como todos los hombres.

Y el señor Pedro bebe con él. Nunca paga. No es avaro. Muy al contrario, daría su vida por aquel hombre tan macizo como el inglés, como por aquel frágil italianito que mira con pasión y ojos de locura a la muchacha sentada junto a él. Es el inglés quien paga. Pero el señor Pedro se retira. Se retira contento.

Hoy es un buen día para el señor Pedro. En el puerto fondean siete navíos. Tres son del Líbano, uno de Panamá, el quinto de Noruega, de Dinamarca el sexto, el último de Holanda. En la Cafetería hay muchos amigos. Todos le llaman. Desean estrechar su mano temblorosa. El señor Pedro se estremece. Nervioso, se acerca con anhelo a recibir los saludos. Con los más viejos, ninguno de su edad, se abraza. La mayor parte son jóvenes. ¿No llegan a viejos los marinos? ¿Se los traga a todos el mar? No. El señor Pedro sabe que no. El señor Pedro sabe que aman intensamente. Son místicos. Buscan primero el desierto. El verdadero desierto. Luego el hogar. El hogar es el viejo papel olvidado entre carpetas azules. Viejos recuerdos. Reminiscencias de días pasados. Al hallarlos de nuevo, sus rostros se dulcifican. Los papeles contienen la pureza de la infancia, de la juventud, de la niñez. ¡Hay mucha ingenuidad en ellos!

Pero el señor Pedro se entretiene más de la cuenta con otro. Es capitán y nórdico. Danés.

— ¡Ah!, dice alborozado por la presencia de uno de sus amigos más viejos. ¿Tú aquí? Y se abrazan como sellando la paz. La paz del amor. La paz del mundo. Se abrazan en silencio. En el silencio de los muertos.

El capitán tiene una voluminosa cabeza. Parecida a las escafandras de los buzos. Sus pies, sin embargo, son pesueños. Pies de pingüino. El capitán también sonríe. Pero sonríe con amargura. ¿Estará deseando desenterrar los papeles olvidados? ¿Le llama el hogar? El señor Pedro lo sabe. Sabe que pronto dejará de verle. Quizá sea esta la última vez. Y el señor Pedro sonríe. Sonríe con alegría. ¡Ya ha navegado mucho! ¡Ya ha visto demasiadas lunas! El danés es un gran capitán. Siempre lo ha sido. La tri-



pulación le respeta y le quiere. Le cuidan con esmero. Nadie desea su marcha. ¡Ah! pero es el destino... el destino de los hombres buenos!

Y el señor Pedro le hace compañía. El capitán lo deseaba. Siempre han hablado sin palabras. Casi sin palabras. Se conocen bien. El señor Pedro es hombre de bien.

— ¿Y el mar?, le pregunta el señor Pedro lo mismo con ojos que con las palabras.

— Bello. Bello como las estrellas que titilan en el infinito. Bello como los sueños cumplidos... misterioso como el mundo.

El capitán sabe de cielos diáfanos. Comprende cuando las estrellas hablan. Lo hacen cuando parpadean. Pestañean sin cesar. También sabe de cielos oscuros, de luces apagadas, de nubes tenebrosas. De mundos olvidados. De silencios. De tormentas y de sol. De amargura y de melancolía. Sobre todo de melancolía. Esta no le es ajena. La ha vivido. La ha soñado. Se han acostado juntos.

El señor Pedro sabe que el capitán fue poeta de palabras. Le leyó sus versos. Quizá sea el único hombre que los haya escuchado. El señor Pedro conoce su universo. Sabe que es un hombre.

— ¿El fondo del mar? ¿Hay paz?

— Más que aquí. Y el capitán sonríe con la misma amargura. La amargura también es suya. Sin embargo parece pensar en otras cosas. Seguro, piensa el señor Pedro, que le llena de tristeza el pensar en la tierra. ¿Acaso conoce el fondo del mar? ¿Acaso ha hablado con los peces? ¿Por qué no? ¡Brincan tanto! También ellos respiran aire. Sin embargo el capitán está triste. Hay pocos peces de colores en la tierra.

El señor Pedro se aleja. Deja al hombre saborear sus sueños con la realidad de la vida. Antes se han abrazado. El señor Pedro se lleva su sonrisa. No le salta de la boca. ¿Por qué ha de difuminarse? ¿No es la alegría el mayor de los placeres? Y también el señor Pedro sueña. Sueña que viaja. Viajes por mares en la paz y en el silencio. Piensa en el fondo del mar. ¡Cuánta vida habrá allá! Y sonríe aún. Anda. Anda con paso medido como los grandes filósofos. Su camino, como la vida, ha de ser breve. Se agita su corazón. El, que no ha viajado ¡ha hecho tantos viajes!

Y el señor Pedro sigue viviendo con la vida. En la Cafetería hay mucho humo ahora. Los rostros apenas se reflejan en los escaparates del fondo. El ruido ha decrecido para dar paso a largos susurros. Las voces acaloradas han decrecido. Ahora se habla para hombres.

El señor Pedro tropieza con el panameño. Se llama Juan. El pana-



meño habla español con acento dulzón. Parece azucarar las palabras. ¡Qué bello es hacer música con el lenguaje! Es viejo conocido pese a su juventud. Navega desde los catorce años. Desde niño. Sus padres necesitaban dinero y el mar les da lo que precisaban. El panameño es risueño por herencia. Ríe fuerte. Casi a carcajadas. Su voz es potente y cristalina. Sus ojos son negros como el azabache. Su nariz recta. La piel negra amulada. Es fuerte y vigoroso. Ama a las mujeres. El señor Pedro lo sabe y le gusta. ¿No se tiene derecho a amar? El corazón del hombre es grande. Inmenso. Capaz de mucho más de lo que se da. El señor Pedro desea invitar, pero el panameño se opone. Es generoso. Como todos los marinos. Además, el panameño conoció la miseria. Comprende también el dolor. También el llanto. Oyó de niño los lamentos de un hermano agonizante. Es franco. Dice la verdad. No la calla. ¡Tiene tantas cosas que decir el que sea sincero!

Y el señor Pedro sabe que Juan tiene los ojos puestos en esta vida. Es humano. El cielo... ¡Ay, el cielo! el cielo lo tiene olvidado. Y el señor Pedro le pregunta:

— ¿Habrá paz en el cielo?

Y el panameño estalla en carcajadas. Después suaviza su risa. ¿Acaso teme? En el fondo todo el mundo teme. Teme el creyente. Teme el otro. Los misterios de la vida son grandes. Tan grandes como la muerte.

— No sé, dice al final. Y sus ojos fulguran destellos como vidrios al sol. Tiene ojos sexuales. Debe amar con fuerza. Con pasión. ¿Acaso lo sexual no es periférico en el hombre? ¿No serán elementos de una misma sustancia?

El señor Pedro se sienta en su vieja silla ahora vacía. Desde allí otea la amplitud de la Cafetería. Su mirada se detiene en un desconocido. Es la primera vez que entra en la cafetería. El señor Pedro desearía hablar con él. Sin embargo el desconocido, con la mirada indefinida, no se apercibe del señor Pedro.

El señor Pedro le pregunta al panameño:

— ¿Quién es ese?

— Es un pobre hombre. Está loco. Viaja con nosotros. No tardarán en echarle. Cuentan que ahogó a su mujer y a sus hijos. Los hundió en el cielo. Los embadurnó con la tinta de los pulpos. Ahora, más demente aún, trata de hallar vagar sus cuerpos en el mar. Como si fuesen maderos o corchos flotantes. En alta mar, en la entrada de los puertos, en las pla-



yas, encaramado en las maromas, mira hacia todas partes... busca, busca sin fin. Siempre mira al mar.

Y el señor Pedro se compadece del hombre. Le mira con atención. El señor Pedro ve como al desconocido le cimbreaba la mano como si fuesen filamentos de una medusa. Sus ojos, como tiburones, rebuscan en el fondo de un vaso para encontrar algo. Luego, como sardina espantada, la retira hacia otros reductos.

El señor Pedro tiene confianza en este hombre. Ya es un nuevo amigo. Le alegra su búsqueda desesperada. Sin piedad. Con ahínco. Sin cebo y sin carnada. Sólo con el anzuelo reluciente entre las aguas cristalinas. Sin saber por qué el señor Pedro le bautiza para sí como "El gran pescador".

La noche avanza con sigilosa prudencia. Ya apostan sus delfines de sombra en las esquinas. La luna quiere en un sueño dialogar con las estrellas. Estas son más efímeras y perezosas. Se levantan pronto, pero se acuestan al recelo de lo purpúreo. La luz les molesta. Se ciegan y cierran sus ojos de brillantes. Las estrellas son bellas. En los días de tormenta más aún. Desafían al viento, y al mar que se remueve y se agita y se pone nervioso y violento como algunos hombres.

Los días, con rapidez, avanzan. Se comen las piedras. Surgen nuevas ciudades. Todo es continuo. Nada cesa.

La Cafetería, con nuevas gentes, se abre y se cierra. Los hombres entran y salen de ella.

Cuando los años pasan, los marinos aún por ella husmean. Acaban de llegar de tierras lejanas. Los misterios perduran. Nadie, ahora, les recibe. El señor Pedro no está ya. Los que le conocían se interrogan por él. Aún no saben que está cumpliendo con su último sueño. El señor Pedro estaba viajando.

